

NR 4733

DEDOC
FONS
A. VILADO



N.º 4 y 5 | Boletín de orientación e información del Requeté de Cataluña | Año II

APLEC CARLISTA 1958

Miles de Boinas Rojas en Montserrat

(Crónica de nuestro redactor). — En la tarde del día 12 de abril se trasladaron al aeropuerto del Prat, para recibir al Excmo. Sr. don José Luis Zamanillo y González-Camino, Jefe Nacional del Requeté, el Excmo. Sr. Jefe de la Comunión Tradicionalista de este Principado, don José Puig, el Excmo. Sr. Jefe Regional de Requetés, don Luis G. Costa Camps, y los Ilmos. Sres. don Francisco Gómez y don Ramón Gallart, Secretario de la Junta Regional de la Comunión y Presidente del Secretariado Regional del Requeté, respectivamente, y don Manuel Morales Castellá. A la llegada del avión y después de efusivos abrazos se trasladaron a Barcelona, en donde se alojó en un céntrico hotel. Tras breves momentos de descanso se trasladó el señor Zamanillo, junto con los señores Costa y Gallart a la Capitania General, donde fueron recibidos en audiencia por el Excmo. Sr. Capitán General, don Pablo Martín Alonso. Terminada la entrevista, el señor Zamanillo celebró una reunión con destacadas personalidades de Barcelona. El señor Zamanillo cenó en un céntrico restaurante con las jerarquías de la Comunión y del Requeté.

Por la tarde del día 12 empezaron a subir a la Santa Montaña los equipos técnicos del Requeté, así como cientos de personas.

Por la mañana del día 13, y en caravana ininterrumpida, comenzaron a llegar en ferrocarril, automóviles y autocares, los carlistas que iban a participar en la emoción del día. Sobre las 11 horas de la mañana llegó a Montserrat el Excmo. Sr. Jefe Nacional de Requetés, Sr. Zamanillo, acompañado por los Sres. Puig, Costa, Gómez y Gallart. Al ser apercebida su llegada la multitud allí congregada prorrumpió en una gran ovación.

A las 11'45 se inició el desfile de los requetés uniformados que con banda de cornetas y tambores des-



fileron oficialmente hasta entrar en la iglesia del Monasterio, siendo ovacionados durante el trayecto. A las 12 horas principió la Santa Misa, siendo oficiada por el Rvdo. Padre Pedro Tura, Capellán de los Requetés de Cataluña, pronunciando la Homilía el Rvdo. P. Rey Stolle («Adro Xavier»). En las gradas del Altar se situaron las Banderas y Banderines de

las distintas representaciones carlistas allí presentes, presididas por el Banderín Regional de los Requetés de Cataluña. Terminada la Santa Misa, los requetés uniformados desfilaron, con la música de la Banda de cornetas y tambores, hasta el lugar donde debían tener lugar los actos públicos.

Dieron inicio los discursos con una breve alocución de don Valentín Sorribas, a continuación habló don Francisco Gómez, siguiéndole el señor Prat Piera y el señor Pujol, haciéndolo a continuación el Excmo. Sr. don José Luis Zamanillo, Jefe Nacional del Requeté, cuyo discurso se inserta en las páginas centrales. Finalmente el Jefe Regional de la Comunión Tradicionalista, don José Puig Pellicer dió las gracias a todos los asistentes y les exhorta a la perseverancia, anunciándoles que en aquellos momentos una persona muy querida que todos esperábamos trabaja incansablemente y con tesón para la Comunión Tradicionalista.

Terminados los discursos se entona a viva voz el «Oriamendi», cantado por las miles de voces allí congregadas. A continuación la banda de cornetas y tambores inicia la Marcha Real que es escuchada con gran emoción y hondo silencio.

Un gran número de asistentes se trasladaron al restaurante del Monasterio para asistir a la comida de hermandad, la cual estuvo presidida por las ilustres personalidades de la Comunión y del Requeté.

Al finalizar la misma y a requerimiento de los comensales se levantó el Excmo. Sr. don Juan Saenz Díez, quien con elocuentes y cordiales palabras hizo resaltar la afirmación de que la Comunión Tradicionalista sabe a lo que va y lo que tiene que hacer. Y que la Comunión no lo era sólo de soldados de choque, sino de hombres que con tesón debían luchar para ganar las batallas políticas, por incruentas más difíciles, y hacer que nuestros principios sean conocidos por todos los españoles. Y, sobre todo, que debíamos tener una gran cordialidad para todas aquellas fuerzas que lucharon junto a nosotros durante la Cruzada, ya que una acogida poco efusiva podría malograr cualquier éxito positivo en bien de España.

Finalizado el discurso el Sr. Saenz Díez, que fué largamente ovacionado, habló el Rvdo. P. Tura, de cuyas palabras cabe destacar la exhortación que hizo sobre la obediencia y disciplina que todos debíamos tener a las autoridades legítimamente nombradas por S. M. el Rey y afirmando que España no será nunca UNA, GRANDE Y LIBRE mientras no reine la Monarquía Tradicional. A continuación y entre el atornar de los aplausos se levanta Zamanillo y dice: «No es necesario extenderse más después de todo lo hablado hoy. Sólo quiero recoger dos cosas. El recuerdo del Príncipe Cayetano, hermano de nuestro Rey, recientemente fallecido. Tuve la honrosa satisfacción de acompañarle cuando cayó gravísimamente herido

en el frente de Vizcaya. Al ser llevado en la camilla, cogido de su mano, iba diciéndome, entre borbotones de sangre por la boca: «POR ESPAÑA, ZAMANILLO, POR ESPAÑA». Y su sangre real mezclada con la de humildes Requetés, iba regando la tierra vizcaína y española.

También quiero dedicar unas palabras de saludo a los dos representantes de la Vieja Guardia barcelonesa, que han querido asistir a los magníficos actos de hoy, para afirmar con su presencia y sus aplausos, la conformidad con nuestras doctrinas y nuestras soluciones. Una vez más se ha puesto de manifiesto aquí que existe la hermandad que nos unió en los frentes de batalla. Y subsiste ahora en las nuevas batallas políticas que se avecinan. Ellos aceptan plenamente nuestra Monarquía Tradicional y Legítima. Saben bien que pueden contar con nosotros para la defensa de la Justicia social que tanto aman, al igual que nosotros. Siempre ha defendido el Carlismo esa Justicia social. La auténtica Monarquía Tradicional y Cristiana fué siempre defensora de los humildes. Los Reyes se apoyaban en el pueblo y éste acataba y defendía a aquéllos en su lucha común contra los poderosos señores feudales. Estos son hoy los grandes capitalistas.»

Seguidamente da un toque de atención contra algunos elementos que llamándose tradicionalistas se dedican a sembrar discordias y desconciertos entre nuestras filas y que por desgracia unos pocos inconscientemente les hacen el juego sin que se den cuenta que a quien lo hacen es a nuestros enemigos. Afirma que la Comunión Tradicionalista como organización política no se obliga a militar en ella a nadie, y que todos para bien de España, están obligados a aportar el propio esfuerzo, tener unidad y acatar la disciplina. Hace alusión al fracaso de los que fueron a Estoril y que muchos ya han experimentado en sus conciencias, pues ese Príncipe liberal igual recibe y adula a los tradicionalistas que a los socialistas, como ha quedado demostrado. Los jóvenes de un amplio sector dicen: «Basta ya de recordar el 18 de julio». Y yo les pongo el ejemplo de la misma Francia en que cada año se recuerda el 14 de julio en la Bastilla, que fué «una comedieta al lado de nuestra gesta». «Las guerras civiles no se revisan. No es posible un retorno a un nuevo 14 de abril. El 18 de julio no es truco sentimental ni nos es lícito olvidarlo.»

Anima a todos a seguir unidos y leales a nuestro Rey Javier, a nuestro Príncipe Carlos y a todas las Autoridades de la Comunión. «Con esa unión, con nuestros esfuerzos y la ayuda de Dios, que no ha de faltarnos, si sabemos con nuestra conducta hacernos dignos de ella, el triunfo es seguro, pese a quien pese. El porvenir y la salvación de España está en nuestras manos.»



DECLARACION

de la Junta de Gobierno de la Comunión Tradicionalista

La Junta de Gobierno, constituida por todos los Jefes Regionales carlistas y el Secretario de S. M., en la primera reunión celebrada después del reconocimiento prestado a Don Juan de Borbón por un grupo de tradicionalistas, acordó hacer pública la siguiente declaración:

Los tradicionalistas que el día 20 de diciembre de 1957 visitaron en Estoril a Don Juan de Borbón y Battenberg y le prestaron acatamiento no tenían representación alguna de la Comunión Tradicionalista, sino que obraron a título puramente personal. Como afirmó S. M. el Rey Don Javier en su carta al Jefe Regional de Navarra, no estaban ya de hecho dentro de la Comunión. Han simulado una personalidad que no tienen y una representación de la Comunión Tradicionalista totalmente falsa.

Menos títulos tienen, todavía, para intervenir en la resolución de una cuestión como la dinástica, que ha estado planteada en España, durante más de un siglo. Si invocaban calidad de carlistas, no podían desconocer el mandato del Rey Don Alfonso Carlos, quien confió esa misión al Príncipe Don Javier de Borbón y Braganza.

Indebidamente invocan los cinco puntos del Decreto de Regencia de Don Alfonso Carlos de 23 de enero de 1936. Aparte de que, para mayor comodidad de su argumentación, prescinden deliberadamente del Documento definitorio de la finalidad de la Regencia que poco después, con fecha 10 de marzo de aquel mismo año, dirigió el Rey al Príncipe Regente y que en modo alguno puede ser soslayado, aun dentro de la dialéctica que esgrimen falla por su base la razón de su reconocimiento de Don Juan. Dice el punto IV del Decreto de Regencia que el que haya de ser Rey deberá respetar como intangible «la auténtica Monarquía tradicional, legítima de origen y de ejercicio». Por legitimidad de origen no debe entenderse solamente la indicación de sangre, pues entonces no tendría explicación todo el Decreto de Regencia, sino la aceptación de los Derechos al Trono como derivados del origen de la auténtica Monarquía tradicional. Es decir, el reconocimiento solemne de que los derechos vienen de la Dinastía legítima, lo que en el caso de Don Juan hubiese debido ser el reconocimiento de que sus derechos al Trono le venían por la herencia de Don Alfonso Carlos. Ni Don Juan hizo esto en vida de aquel Rey, que es cuando de verdad hubiese tenido valor tal manifestación, ni siquiera durante los largos años de espera de la Regencia, a pesar de que durante muchos de ellos ya no podía pesar la consideración de herir susceptibilidades paternales. Antes al contrario, en todas sus manifestaciones deriva Don Juan sus supuestos derechos de la herencia de su padre y si alguna vez ha hablado de coincidencias de las dos ramas lo ha hecho sin considerar que ambas ramas eran excluyentes y no podían derivarse derechos de entrambas a la vez.

Pero es lo cierto que en el acto de Estoril (que para los tradicionalistas que allí fueron es la justificación de su reconocimiento) no invoca Don Juan derechos de sucesión a la Dinastía legítima. Para nada recoge el punto IV del Decreto de Regencia, pues la única mención que hace a dicho Decreto es para decir que en él Don Alfonso Carlos, a quien no llama Rey, «fijó los Principios fundamentales de la doctrina tradicionalista», que Don Juan dice que «acepta sinceramente por creer que deben orientar la legislación que haga viable su realización en la sociedad actual». ¿Es esto un reconocimiento del origen de sus derechos como derivados de la Dinastía legítima? En modo alguno. No es más que un juego de palabras para incluir la mención del Decreto y el nombre de su autor, de forma que haya algo que suene bien al oído del grupo de visitantes. ¿Puede afirmarse entonces seriamente que se trata

de un hecho histórico semejante a los juramentos que obligan a un Rey con su pueblo y exigen de éste una correspondencia que en conciencia obligue?

No necesitamos hablar a la lealtad carlista. Exponemos esto a la consideración de los españoles que limpiamente analizan los hechos para que juzguen de la inoperancia de todo el acto de Lisboa y de la veleidat de los que allí fueron, los que, por no confesar el fracaso, tratan de justificar su postura invocando unos resultados totalmente contrarios a la realidad de los hechos.

Si de la legitimidad de origen pasamos a analizar la de ejercicio, la nulidad de la reunión de Estoril es todavía mayor. Aquí ya no cabe invocar, ni siquiera, sentimientos filiales. Con mucha más claridad aparece la falta de legitimidad de ejercicio de que adolece Don Juan de Borbón.

Sin negar la historia, no puede desconocerse el derrumbamiento de España como consecuencia del siglo liberal presidido por una dinastía que combatió con saña a los defensores del auténtico ser nacional. El proceso culminó en la segunda república, de la que nos salvó el alzamiento del 18 de julio de 1936. La dolorosa experiencia nos mostró que había que arrumar las doctrinas trágicamente fracasadas e iniciar una nueva política inspirada en el Derecho Público Cristiano, en oposición al llamado derecho nuevo que repudia Don Alfonso Carlos en el punto V de su Decreto.

Peso si bien toda España del 18 de julio está frente al liberalismo, el único que lo defiende es el propio Don Juan. Lo ha defendido en Lausanne con su manifiesto, en Londres por sus enviados (Ansaldo, ¿para qué?), en las llamadas Bases de Lisboa y aun ahora en las aclaraciones hechas el 8 de enero sobre la interpretación que debe darse a su entrevista con los tradicionalistas. En una constante línea de conducta, como con razón dice Don Juan en carta posterior a uno de los expedicionarios tradicionalistas. Esta es la auténtica verdad: que Don Juan de Borbón mantiene una constante línea de conducta política, pero esta línea no es la del 18 de julio, no es una línea antiliberal, no es línea que esté dentro del Decreto de Regencia, no es línea, en suma, que le haya hecho adquirir tampoco la legitimidad de ejercicio.

Con razón una presunta Monarquía encabezada por Don Juan de Borbón asusta a los monárquicos españoles, que temen que no sea más que vehículo para una nueva república. Si, al igual que en los años 29 y 30, hoy, después del enorme sacrificio de la Cruzada, no se ofreciese a los españoles más que otra vuelta «a la normalidad constitucional», caería la nación en un desánimo y desconcierto que sería campo propicio para nuevas convulsiones, como ocurrió en 1931.

Pero es preciso que España sepa que la Monarquía del 18 de julio no es la Monarquía de Don Juan de Borbón. Que no se trata ahora de un simple problema dinástico, sino de un problema de auténtico fondo monárquico. Y que subsiste una Dinastía, descendiente por línea de varón de Felipe V, la Casa española de Parma, que en lucha constante, mantenida contra los principios revolucionarios, ha sabido forjar unos Príncipes fieles a la mejor tradición de su estirpe, entre los cuales Don Javier de Borbón tan compenetrado está con el espíritu de la Monarquía que debe surgir de la España del Alzamiento, que a la tarea de su instauración se ha entregado plenamente desde hace más de veinte años, sin temor a las amarguras, defecciones y ataques que pueda sufrir, y trabaja para que a España venga en su día una Monarquía que perdure. No la efímera que por asentarse sobre principios falsos llevase en su seno la razón de su muerte y dejase incumplidas las consecuencias políticas a las que España tiene derecho después del gran esfuerzo nacional de la Cruzada.

Madrid, 16 de marzo de 1958

Zamanillo habla en Montserrat

"Hoy una coincidencia en la fecha de hoy... Hoy hace 27 años en que el representante de la dinastía liberal abandonaba España para evitar que corriera sangre española...

No podemos olvidar que si ha habido un 18 de Julio es porque ha habido antes un 14 de Abril"

«Voy a hablar muy brevemente, porque la inclemencia del tiempo y lo avanzado de la hora me empujan a hacer: así, de modo que no temas que yo me alargue demasiado.

Ya sé que el calor interno de vuestros corazones suplirá y contrarresta todas las inclemencias del tiempo; pero hay que reservarse para cosas más importantes que escucharme a mí.

Os traigo, ante todo, un saludo cariñoso y afectuoso y expresivo de nuestro Rey don Javier y nuestro Príncipe Carlos.

Ellos han aprendido bien aquella lección que daba nuestro inolvidable Rey don Alfonso Carlos, cuando en los preparativos del Movimiento Nacional me decía a mí: «Di a los requetés catalanes que ellos son mi mayor visión y mi mejor esperanza. Porque conocía bien a los catalanes que había ahí mandados, en la Guerra carlista última. Y porque han aprendido a quererlos, a amarlos y a estimarlos por lo que, por mi mediación, os envían su saludo y su también esperanzadora seriedad en vuestra actuación, en vuestra unión y en vuestra disciplina.

Un año más, queridos carlistas catalanes. Un año más que por providencia de Dios y especial favor de nuestra querida Moreneta, estamos aquí reunidos de nuevo. Y aquí hemos venido, a llenar el alma de emociones santas; a afirmar nuestra fe incommovible en la verdad de nuestra doctrina; a fortalecer la esperanza en los gloriosos destinos de España; a enardecer nuestro amor a la Patria; a proclamar, en fin, desde estas alturas, a voz en grito, y a los cuatro vientos de la Península (que el Carlismo existe, que el requeté está vigilante, y que mientras esto sucede saben los buenos españoles que pueden vivir tranquilos y trabajar y rezar, porque hay unos auténticos y seguros defensores de los altares y de los hogares. Que esto, y no otra cosa, son los requetés y es el Carlismo.

Pero todos los Apíes —y ya constituyen una larga serie histórica ellos—, sólo los Apíes de Montserrat han tenido una característica especial, según las circunstancias de cada momento, y el Apíe de este año, que tan magnífica y esplendorosamente estamos celebrando, según rezan los programas y las invitaciones tiene esta característica especial: La de hoy hacer una afirmación rotunda de los principios fundamentales del Movimiento del 18 de Julio.

Porque es en estos momentos cuando el 18 de Julio tiene tantos enemigos, diárricos o encubiertos, conscientes o inconscientes —que de todo hay en la Villa del Señor—, es en estos momentos cuando más necesario es hacer esta afirmación rotunda para tener bien presente, delante de todas las inteligencias y de las memorias de los españoles, lo que fue el 18 de Julio y lo que el 18 de Julio tiene que ser en el porvenir de España. Porque el 18 de Julio es un hecho histórico e incommovible que avala la Historia de España. Tratar de ignorarlo o defraudarlo es, además de un crimen de lesa Patria, una imbecilidad política. Sea a favor o sea en contra, durante muchos años la historia política de España girará alrededor del Movimiento Nacional. Por eso nosotros, los que tenemos y tuvimos una gravísima responsabilidad en la iniciación del Alzamiento Nacional de mil novecientos treinta y seis, tenemos que sentir sobre nuestras conciencias el peso de esta responsabilidad y evitar que el 18 de Julio y el Alzamiento Nacional, con su millón de muertos, con sus inajenables sacrificios y desastres morales y materiales en toda España, quede vacío y pase a la Historia como una manzana mexicana o como un movimiento inocuo y sin consecuencias políticas fundamentales para el porvenir de la Patria.

En este mismo lugar está puesta la primera piedra que va a ser fundamento de la ermita que recoja los sagrados restos de los requetés del Tercio de Montserrat. Y esos requetés del Tercio de Montserrat, como todos los demás Tercios de España, esos muertos no están diciendo constantemente, nos están recordando su legado, que ellos murieron para algo, que no murieron para hacer páginas brillantes de la Historia de España, ni para pronunciar párrafos elocuentes en tribunas y en «mitings»; murieron para salvar a España y para que los que por especial providencia de Dios fuimos supervivientes de la guerra sepamos cumplir con nuestro deber, sacando las consecuencias políticas de aquel sacrificio sublime y supremo de los que murieron. (grandes aplausos de la multitud.)

Los principios fundamentales del 18 de Julio, que unos llevarán en el corazón, incluso sin darse cuenta, y otros llevarán con toda claridad en su bandera y en sus programas completos, pueden resumirse con las tres unidades: La unidad religiosa, la unidad Patria y la unidad política, que nosotros expresamos en nuestro trilema glorioso de Dios, Patria y Rey. Estos principios, que es preciso implantar y sacar las últimas consecuencias de ellos en la gobernación del país, estos principios son los que ahora tienen más enemigos. Porque los enemigos del 18 de Julio han empezado a revolverse y a moverse y usan toda clase de armas: desde huelvas, hulos, catininas e insidias, todo les parece lícito para combatir el Movimiento y para destrozar, si estuviera en su mano, las fuerzas auténticamente defensoras del Movimiento Nacional. Por eso nosotros, en estos momentos, bien está, magnífico es, recordar el pasado; el pasado es el fundamento del presente y el pasado alienta nuestras almas y nuestros corazones; pero es más importante hoy día, más que mirar el pasado, pensar en el futuro, porque la Patria no puede detenerse en un presente ni en un pasado, por muy glorioso que sea, porque la Tradición es vida continua, es cauce, es agua que corre sin parar. Y esa agua que corre o se encasca debidamente por los principios fundamentales o se desborda y produce todos los desastres que de un siglo a esta parte está padeciendo España.

Y ése es nuestro papel y ésa es nuestra responsabilidad y eso es lo que yo quisiera que quedara aquí, de este Apíe magnífico de 1958; pensar la responsabilidad que te-

neamos; pensar en el porvenir de España próximo, inmediato, que está en nuestras manos y pensar que si nosotros no salvamos el 18 de Julio, que si nosotros no damos el paso que sea necesario dar, el paso de actuar la Comunión de una manera política y positiva, a las órdenes del Rey don Javier, con el programa íntegro sin enfundar la bandera en ningún momento, entonces el 18 de Julio será frustrado y los muertos y los mártires nuestros tendrán derecho a increparnos desde el sepulcro, para decir que ellos lo dieron todo, porque no se puede hacer más que dar la vida por una idea; pero que nosotros no hemos sabido cumplir con nuestro deber y que no hemos sabido sacar las consecuencias de aquel martirio y aquel fruto de nuestros muertos. (Grandes y prolongados aplausos.)

Hay una coincidencia en la fecha de hoy realmente elocente. Estamos reunidos en estos momentos hoy, día 13 de abril. Esta fecha tiene un alto significado. Hoy hace 27 años en que el representante de la dinastía liberal abandonaba España, para evitar que corriera sangre española, porque, señores, no podemos olvidar que si ha habido un 18 de Julio es porque ha habido antes un 14 de abril. Y aquel viaje y aquella huida del monarca liberal, que se ausentaba de España tal día como hoy, para evitar que corriera sangre española, produjo el millón de muertos de la guerra del año 36. Nosotros, por eso, sentimos —y aquí estáis vosotros expresándolo con vuestros vivas y con vuestras aclamaciones— como punto fundamental de la solución del problema político y futuro español, la implantación de la Monarquía legítima, tradicional. Y esa Monarquía legítima, tradicional, no puede ser otra más que la carlista, ni puede estar representada y personificada por nadie más que por el Rey don Javier o por su hijo, el Príncipe Carlos. Por que a estas alturas, es muy cómodo llamarse tradicionalista. A estas alturas, es muy cómodo ponerse la boina roja, en unas personas que no la llevan en el corazón, que es lo principal. A estas alturas, llamarse carlista y ponerse una boina roja, en algunas figuras puede aparecer y aparecer y es de hecho una solemne hipocresía al servicio de... (la multitud de aplausos impide oír el final de la frase).

No se trata ahora de preparar nuevas guerras. Nadie quiere la guerra; pero menos que nadie, los que lucharon en las trincheras o sufrieron en cárceles y checas. Nadie quiere la guerra, de lo que se trata ahora es de ganar batallas políticas, y para estas batallas políticas tenemos que prepararnos y tenemos que hacer un llamamiento a todos los españoles de buena voluntad. De una manera especial, yo quisiera que recogieran estas palabras más las nuevas generaciones, las juventudes católicas que sienten de una manera viva los problemas, a pesar de esa forma que tienen las nuevas generaciones de indiferentes, de deportistas, de materialistas. Yo sé que esto no es cierto. Yo sé que la juventud hoy siente una inquietud que no siempre le está debidamente dirigida y gobernada; pero lo que es imprescindible y lo que es necesario es que exista la inquietud, porque la inquietud es vida y la indiferencia es muerte.

Estas nuevas generaciones quieren vivir en paz; pero que no olviden —y lo tenga todo el mundo bien presente— que la única manera de vivir en paz es no olvidar la guerra y, sobre todo, no olvidar las causas que fué e hicieron necesaria la guerra.

Esto es lo que es preciso predicar por todas partes. Hay un ambiente por ahí, en círculos universitarios, de juventud, en donde se habla mucho de la generación fraternal. Ese eslogan de un pensador, de un político rojo, que dice *ses preciso que la generación fraternal del año 36 de paso a la generación fraternal*; pero eso, eso que todos queremos, porque no hay nadie tan insensato que quiera vivir en continua y permanente guerra civil, eso tiene un peligro gravísimo para engañar a gentes incautas, porque es la manera de meterse en el campo nacional los vendidos en la guerra, que no serían admitidos de ninguna manera, si se presentaran con una bandera de lucha y de revancha contra la victoria del año 39.

Hay que estar muy alerta. Hay que estar muy cuidadosos, muy vigilantes para que el enemigo, que es listo y que sabe lo que tiene y a dónde va, no se introduzca con falsos esloganes, ni con palabras y frases que pueden atraer a corazones incautos.

Es preciso que todas estas generaciones nuevas, que no vivieron el año 36; pero que han disfrutado de los sacrificios de los que hicieron la guerra del año 36, es preciso que no se dejen engañar y es preciso que vengán a formar en las filas vivas, en las filas auténticas. Ellas que tienen tanta autenticidad y tanta verdad y nada de retóricas ni frases huecas. Que vengán a nutrir las filas de la tradición española, en donde está la auténtica verdad, la verdad de unos principios probados en la Historia de España; la verdad de unos conductos sinceros: la verdad de unos sacrificios claros y evidentes. Y la verdad, en fin, de esta explosión de multitudes, de esta explosión de boinas rojas, que lo mismo aquí que en Montejurra, que en Begona, que en todas partes, se ponen de manifiesto, ante la faz asombrada de muchos españoles que no nos conocen ni saben la fuerza que hoy día tiene el Carlismo y los requetés.

(Zamanillo se interrumpe, como dando por finalizado su discurso; pero muchas veces lo animan a que siga hablando.)

Pero para llevar a cabo cualquier labor verdaderamente eficaz es preciso una condición. Si el instrumento de esta labor ha de ser la Comunión Tradicionalista, es preciso, absolutamente preciso, fortalecer este instrumento. Cuanto más vivo, cuanto más fuerte sea el instrumento, mejor será y más eficaz será la acción que con él se lleve a cabo. Y la fortaleza de la Comunión Tradicionalista tiene que basarse en un principio fundamental a toda sociedad organizada, y este principio es la unidad. Y la unidad sólo se puede conseguir mediante el reconocimiento de una autoridad, que es el principio de unidad de toda colectividad. Y esa autoridad, que para nosotros no es otra que la del Rey legítimo, don Javier, (sea la que vosotros, con vuestros vivas y con vuestros aplausos estáis aclamando aquí.)



Mis queridos carlistas:

Próximo el comienzo del nuevo año de 1958, en el que se cumple el siglo y cuarto de la existencia del carlismo, quiero enviaros mi más cordial saludo, con los mejores votos por vuestra felicidad personal y familiar.

Es, por otra parte, ocasión propicia el principio de año para reflexionar sobre la labor realizada en el pasado y, más aún, para fijar los planes de nuestra actuación futura.

Desde que, por orden de mi tío el Rey Alfonso Carlos, me puse al frente de los trabajos de la Comunión Tradicionalista de preparación del glorioso Alzamiento Nacional, me he mantenido en la misma línea de defensa de nuestra Santa Causa, que es la Causa de España y de la Cristiandad.

Después de iniciado el movimiento, con tan decisiva participación de los requetés, pude ofrecer al Ejército, en la persona de su Generalísimo, aquellos Tercios, tantas veces cubiertos de gloria a lo largo de la campaña. Con ello pude, confiadamente, considerar terminada esta parte de mi misión de orden puramente militar, sin que por esto dejara de ayudar por todos los medios a mi alcance al triunfo de la Cruzada.

Concluida la guerra de liberación, especiales circunstancias determinaron la política de una primera etapa, sin carácter institucional monárquico. El General Franco ha anunciado el comienzo de un nuevo período preparatorio de la estructura definitiva del régimen, mediante la instauración de la gloriosa y secular Monarquía Tradicional. Esta Monarquía, con sus principios defendidos siempre por la Dinastía Carlista, de la cual soy el heredero de los deberes aun antes que de los derechos, es la llamada a asegurar la continuidad del proceso político y social abierto el 18 de Julio.

Si el carlismo tuvo razón para aportar los requetés a la guerra, ¿quién puede negarle ahora el derecho, o desconocer su deber, de ocupar el puesto que le corresponde en esa tarea trascendental? Si no lo hiciéramos así, contraeríamos la grave responsabilidad de malograr el sacrificio de aquéllos y privar de su justificación última al Movimiento Nacional, cuyas consecuencias políticas no quedarían cumplidas.

Debemos, por lo tanto, aprestarnos con todo entusiasmo a desarrollar la labor política que exige esta etapa, con los brazos abiertos a todos los españoles de buena voluntad, en especial aquellos que con nosotros comparten un mismo sentido antiliberal y de inquietudes sociales, y aceptan nuestra concepción de la Monarquía Tradicional. Para esta tarea, la Comunión Tradicionalista recoge el llamamiento hecho a la Nación por el Jefe del Estado, con la lealtad y espíritu patriótico que ni sus mayores adversarios le han negado en su larga historia.

Yo espero de vosotros, mis fieles y queridos carlistas, que contribuiréis con todo vuestro esfuerzo a tan alta y decisiva empresa, unidos y obedientes a las órdenes de las autoridades de la Comunión, en quienes tengo depositada mi confianza.

Pidamos a Dios, con la intercesión de nuestros mártires, que bendiga esta empresa, para bien de la Patria. JAVIER

El Requeté de Cataluña y el momento actual

La nación entera tiene los ojos puestos hoy en la Comunidad Tradicionalista Carlista; por ello y por la responsabilidad que nos incumbe debemos hacer con el balance de la obra, de que somos responsables, la crítica de las soluciones y de las deficiencias.

La atmósfera de desorientación, que mina los cimientos del 18 de julio, y la perplejidad o desorientación de los defensores del mismo, nos obliga a una revisión para juzgar de la adecuación de los principios, y la resolución de los problemas, que los Carlistas enfrentan como sociedad política; tenemos la obligación de abrir nuevos horizontes a la acción y futuro de la Comunidad, y situarla con todo su peso en el primer plano de la política de la Nación.

Los que sufrimos en las trincheras, los que con entusiasmo salimos a defender las tradiciones de nuestra Patria, debemos ser los guardadores de ese orden nuevo que tanta y tan generosa sangre nos costó. Basta ya de ensayos y acoplamientos con un resurgir impuesto de algo que los españoles repudiamos y que nos costó su destrucción más de un millón de muertos.

De seguir así, deberemos considerar como base de nuestras reflexiones los riesgos, que con esa aptitud política pueda venirnos, o, en otras palabras, si no merece un examen comedido de la confusión actual, las razones de nuestra confianza en el futuro de nuestra Nación.

Que no lo olvide nadie, fueron los Requetés y Falangistas junto con el Ejército, que con sus esencias cobijadas en la españolisima bandera bicolor, los que levantaron los entusiasmos de nuestro pueblo frente a un Gobierno demagógico republicano que todo su poder lo había recibido de manos de la Monarquía de los partidos, que al negarle los mismos el apoyo, tuvo su Rey que abandonar España, dejando la Patria a merced de la revolución, cuyas consecuencias no ha olvidado nadie.

Si defendimos con contundente energía y decisión los valores Tradicionales Patrios, lo hicimos con esa sencillez propia de nuestro estilo. No luchamos por un estado demagógico, ni Capitalista, ni Totalitarista; luchamos por una Sociedad Corporativa y Cooperativa, luchamos por la elevación del hombre hacia la propia responsabilidad, para que no esté sujeto ni a partidos, ni a poderes estatales, ni al imperio del Capitalismo ni de los privilegiados.

Queremos sí, que los privilegiados sean aquellos que han puesto su inteligencia, su sabiduría, su arrojo al servicio de la ciencia, de las letras de las artes, de las armas, de la industria, de la agricultura, del comercio, etc., en una palabra, al servicio del bienestar común de España y de los españoles, para ellos toda la grandeza, nuestro reconocimiento y nuestra admiración.

Queremos y luchamos para que el hombre se dignifique con el sudor de su frente, pero ¡ay! del que quiera comerciar o aprovecharse de su falta de me-

dios o inteligencia, para aquéllos nuestra repulsa, nuestro desprecio y nuestro vacío.

Queremos y lo conseguiremos que los españoles vivan en comunión, que cada uno en su trabajo sepa que lucha por su dignificación, para un progreso social, para un bienestar familiar y para ser partícipes de la propiedad donde han gastado sus mejores años, sus desvelos, y sus sudores.

Por todo eso luchamos los Requetés el 18 de julio.

Y si influencias o presiones del interior y exterior quieren hacernos variar el rumbo marcado por el 18 de julio, debemos repudiarles enérgicamente y demostrarles que a través de la Historia se ha puesto bien a prueba nuestro tesón y siempre que fué preciso, más aún en las crisis que en los tiempos pacíficos, cuando llegó el momento, esa unidad moral y política del Carlismo se afirmó en la solidaridad de todos sus miembros, en el calor del pueblo, en la resistencia al enemigo, en la fidelidad, con los mayores sacrificios y riesgos, en defensa de nuestra querida Patria.

La «Gazette de Lausanne», del 19 de julio de 1957, publica la siguiente noticia:

EL REGIMEN ESPAÑOL Y LA MONARQUÍA

Como ya indicamos, S. A. R. el Infante D. Juan, heredero del Trono de España, aguardaba la llegada del texto íntegro del discurso pronunciado por el Ministro Secretario de la Presidencia, Sr. Carrero Blanco, para hacer conocer su opinión acerca del contenido del mismo en relación con la restauración de la Monarquía en España.

Ayer, habiendo recibido dicho texto, el Infante D. Juan, reunió nuevamente a los periodistas, en su residencia de «El Regado», con el Infante estaban presentes su Madre, la ex-Reina Victoria Eugenia, y S. A. R. el Príncipe Juan Carlos, venido exprofeso de España, en donde acaba de cursar sus estudios militares.

Con voz pausada y clara, el Infante D. Juan leyó la siguiente declaración a los periodistas y corresponsales reunidos en uno de los salones de su residencia:

«Como jefe de la Casa de Borbón, agradezco mucho las deferencias que el Gobierno del General Franco, y en general el pueblo español, ha tenido para con mi hijo, el Príncipe Juan Carlos, con motivo de haber terminado sus estudios militares en la Academia Militar de Zaragoza. Las atenciones y el afecto de que ha sido objeto el príncipe, son un claro indicio del fervor monárquico existente en España y permiten ser estimados como un natural afán del pueblo para ver restaurada la monarquía no tan sólo en las Leyes y definiciones gubernamentales, sino en la realidad misma de la nación.

«En este sentido, FIEL GUARDADOR DEL TESTAMENTO DE MI PADRE, EL MALOGRADO REY D. ALFONSO XIII, espero poder servir, con la ayuda de la providencia, los altos destinos de mi patria, así como mi hijo, EL PRÍNCIPE JUAN CARLOS, CONSTITUYE YA, DESDE AHORA, PARA LA CONTINUIDAD DE ESTA OBRA, EN EL CURSO NORMAL DE LA SUCESIÓN DINÁSTICA, UNA FÉRME GARANTÍA APOYADA POR SINGULARES MERECEMIENTOS DE LEALTAD Y DE PRUDENCIA».

Terminada la lectura de la nota transcrita, uno de los corresponsales se dirigió a S. A. R. el Conde de Barcelona y le pidió permiso para formular una pregunta al Príncipe D. Juan Carlos. El Infante accedió de buena gana y, entonces, el periodista preguntó al Príncipe:

«Alteza, ¿constituiría una indiscreción preguntarle qué hay de cierto sobre la posibilidad de que, con el concurso de V. A., pudiese restaurarse rápidamente la Monarquía en España?»

Sin vacilar un instante, el Príncipe contestó:

«Estas son materias en las que solamente tiene criterio y voz, el Rey, mi padre».

La entrevista estaba terminada. Y todos tuvimos la sensación de que, aparte la latitud geográfica, Madrid había quedado muy distanciado. La sonrisa de la ex-Reina Victoria, era por demás elocuente. No parece que el Cardillo y la Casa de Borbón, anden totalmente de acuerdo. El tiempo, en todo caso, aclarará las evidentes contradicciones actuales.

«Le Figaro» del 20-21 de julio de 1957 publica la siguiente nota:

El Conde de Barcelona, pretendiente al Trono de España, ha declarado en Lausanne que no abdicará nunca en favor de su hijo D. Juan Carlos, de 19 años de edad.

El Pretendiente ha dicho:

«Cuando la Monarquía sea Restaurada la sucesión llegará de forma natural. Mi maleta está hecha para salir hacia Madrid...» (Reuter).

TENTAR A DIOS

*Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres;
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.*

No es jactancia, vano alarde, esa estrofa del ORIAMEN-
DI en boca de los carlistas. Es un voto que a Dios ofrecen
públicamente, y para más obligarse invocan el ejemplo de
nuestros padres, los MARTIRES DE LA TRADICION que
a lo largo de más de un siglo han ido empapando con su
sangre todas las tierras de España. Cuando Dios y la Patria
demandan su cumplimiento, el Rey lo ordena y los carlistas
lo cumplen con fervoroso entusiasmo. Seis Reyes cuentan en
la dinastía legítima —Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, don
Jaime, don Alfonso Carlos y don Javier—. Cuatro, los tres
primeros y el último, de los difuntos, alzaron el pendón de
guerra y tras de ellos se lanzaron a la lucha legiones de in-
trépidos voluntarios en campañas de varios años; en su ca-
lidad de Regente, S. M. don Javier va indisolublemente liga-
do a la Cruzada de liberación con lazos que no pueden rom-
perse. No se trata, pues, de una lírica y pasajera exaltación
de juvenil entusiasmo guerrero de circunstancias, sino cruda
realidad atestiguada por más de cien años de la historia que
estamos viviendo.

Cantando esa estrofa templaban su espíritu los requetés
que durante la república se adiestraban para la lucha que
estaban decididos a emprender, y con ella se enardecían los que
en la Cruzada se lanzaban al asalto de trincheras y parapetos.
«Lucharon nuestros padres», cantaban, porque en el cam-
mino del cumplimiento de sus deberes patrióticos tropezaron
con el hierro y el fuego de quienes a los legítimos Reyes ha-
bían usurpado el trono y defendían la usurpación contra el
pueblo español, empeñado en defender el derecho de la legiti-
midad que había de ser garantía de su libertad. Esos Reyes
usurpadores a quienes en aquella sazón podían referirse eran
la Reina Gobernadora, doña Isabel, Alfonso XII, abuelos de
don Juan de Borbón y de Battemberg.

¿Y ALFONSO XIII?

¿Se puede decir lo mismo de su padre, Alfonso XIII? No
hubo guerras civiles durante su reinado; cuando se inició la
Cruzada había abandonado el trono y España. El Poder pú-
blico no estaba ya en sus manos; disponía de él la segunda
república y contra el Poder se luchó para derribarla. El
hierro y el fuego que tantas víctimas causaron en las filas de
los MARTIRES DE LA TRADICION los manejaban los
hombres de la república. ¿Acaso puede tener algo que ver
con ellos Alfonso XIII?

Es cierto que, con deliberada intención puso el mayor em-
peño en hacer resaltar que no quería tomar parte en el pleito
debatido por España a costa de ríos de sangre. Para no verse
en el caso de tomarla traspasó el Poder supremo al Comité más
demagógico que podía formarse; conglomerado de unas fac-
ciones que se manifestaban dispuestas a retener el Poder
por todos los medios, si es que llegaban a alcanzarlo. En tran-
que tan anrustioso para la Patria, don Alfonso no tuvo em-
pacho en librarse de los deberes inherentes a la posesión de la
corona: pero no pudo llevarse consigo las consecuencias de
su deplorable reinado, de un modo especial las del acto de-
berado del 14 de abril que le dió fin. Esas quedaron aquí
vivas y operantes en las desdichas que sufrimos los españo-
les. Si él pudo irse a París librándose de los cuidados de go-
bierno, nosotros nos quedamos aquí a merced de los tiranos
sin entrañas en cuyas manos nos había dejado, revestidas del
Poder que él «legalmente» les había traspasado. Y con el Po-
der el rango de gobierno legítimamente establecido que tan a
maravilla había de servirles para recabar de los gobiernos
extranjeros consideración, apoyo y medios bélicos. Puso, ade-
más, a su disposición, las fuerzas coactivas que la nación
tiene para defenderse y ellos emplearon en su daño y para
forzar la obediencia de cuantos se resistían a secundar su ne-
fanda labor. Asimismo la hacienda y el tesoro públicos con
que corrompieron tantas conciencias, pagaron tantos nefandos
servicios y la enorme cantidad de pertrechos bélicos que tan-
tos estragos hicieron en las filas de los MARTIRES DE LA
TRADICION y de cuantos defendían la causa sagrada de la
Patria. Azaña, Casares, Largo Caballero, Negrín disponían
cómo todo ello debía emplearse; pero los aviones y los bar-
cos, los cañones y los fusiles; bombas, balas, bayonetas y cuan-
tos pertrechos bélicos no dieron usar los habían recibido de
manos de Alfonso XIII, restados al servicio de la Patria
cuando más había de necesitarlos para defenderse del sec-
tarianismo anticatólico, del marxismo y el separatismo políti-
camente confabulados para destruirla. Sin esos medios que Al-
fonso XIII les dió no hubieran resistido una semana el em-
puje del pueblo español. Lo que podían por sí mismos, sin la
fuerza que da la posesión del Poder público, se puso de re-
lieve en los ridículos intentos de Jaca y Cuatro Vientos. Por
más que emplearon elementos militares como fuerza de cho-
que, no resistieron los primeros disparos.

Alfonso XIII estuvo presente y de un modo relevante en
la Cruzada. No al lado de acá, junto a quienes morían en de-

fensa de la Patria, que tantos miles de mártires dieron a la
Tradición; sino al de allá, con los rojos, que en virtud de esa
presencia pudieron emplear los medios bélicos que hicieron
tan larga y cruenta la lucha. Triste y dolorosa verdad que
se hace patente a la luz de los hechos que nos ofrece la más
cruda realidad. Hemos de recordarlos para ser fieles a la me-
moria de nuestros MARTIRES y al servicio que la Patria
nos exige en estos momentos. Si no se hubiera prescindido
de la lección que se deduce del proceso histórico que llevó a
España a la catástrofe de la primera república, nuestra ge-
neración no hubiera sufrido la horrenda hecatombe de un
millón de muertos que cierra el proceso de la Restauración
canovista. Tenganlo muy presente quienes andan a la busca
de fórmulas políticas. Lo peor que a Cánovas pudo ocurrirle
fué el haber salido adelante en su empeño; su triunfo lo lo-
gró a costa de las grandes desdichas sufridas por la Patria,
del luto que hubo de reinar en todos los hogares españoles
cuando se liquidó su obra funesta.

¿Y DON JUAN?

Don Juan trata de disputar el trono a S. M. don Javier
desde que su padre le traspasó sus pretensiones. Tras de ese
empeño ha hecho público su propósito en julio último, recla-
mando la atención internacional mediante una conferencia de
prensa por él convocada al efecto en la residencia suiza de
Bel Regard. De lo que dijo en tal ocasión merece recogerse
lo siguiente:

«En este sentido, fiel guardador del testamento de
mi padre, el malogrado Rey D. Alfonso XIII, espero
poder servir, con la ayuda de la providencia, los altos
destinos de mi patria, así como mi hijo, el Príncipe
Juan Carlos, constituye ya, desde ahora, para la con-
tinuidad de esta obra, en el curso normal de la suce-
sión monárquica, una firme garantía adornada por sin-
gulares merecimientos de lealtad y prudencia.»

Ese es el compromiso que con particular solemnidad quiso
contraer públicamente en presencia de su madre, para eso se
celebró en la residencia suiza, y de su hijo y heredero llamado
expresamente para ello. El texto no se improvisó; leyó lo
que indudablemente escribió pensando el alcance de cada pala-
bra, cuando va se estaba gestando la maniobra que en diciem-
bre don Rafael Olozábal, los Oriol — Arauz de Robles, acom-
pañados de unos cuantos amigos, habían de llevar a efecto en
el Plantío y Estoril. Si no puede asegurarse que la declara-
ción de Bel Regard se hizo con exclusivo objeto de fijar por
adelantado el sentido de la acogida que a los conjurados se ha-
ría en Estoril, es evidente que se aprovechó la ocasión para
hacerlo.

La corona no quiere recibirla de S. M. don Alfonso Car-
los, sino de Alfonso XIII. A este quiere suceder, al usurpador,
al que abandonó a la Patria en el mayor peligro de su historia;
no al legítimo Rey de la Cruzada. Eso es clarísimo. «Fiel
guardador del testamento del Rey mi padre.» Su testamento
de Rey. A nadie quiere engañar y sale al paso de quienes en
su nombre pretenden seducir a los ingenuos. Sea esto dicho
en su elogio, que bien lo merece, cuando no faltan quienes se
empeñan en confundirnos. Ellos son los que se engañan quan-
do van a Estoril a rendirse a las plantas de quien ni es ni
puede ser otra cosa que el sucesor de Alfonso XIII y conti-
nuador de la dinastía isabelino-alfonsina contra la cual lu-
charon los MARTIRES DE LA TRADICION.

Don Juan y su hijo se proponen servir a la Patria, pero
no de cualquier manera. Con sincera claridad se dice en la de-
claración que de lo que se trata es de continuar la obra de
Alfonso XIII en «el curso normal de la sucesión dinástica».
Acerea de cuál sea el curso en cuestión nadie puede engañar-
se, no era necesario detallarlo; la historia lo ha ido regis-
trando. Primera etapa: Reina Gobernadora, Isabel II hasta
ir a parar a la catástrofe de la septembrina y la república
consiguiente; segunda etapa: Alfonso XII, Alfonso XIII y la
indefectible catástrofe de la segunda república, más horrenda
que la primera. Esas son la obra y la continuidad dinástica
que nos ofrece don Juan: dos etapas que irremisiblemente nos
han conducido a dos catástrofes a cual más horrenda. Si se
emprendiera una tercera etapa del mismo proceso (cabrá dar-
se por engañado o sorprendido cuando al fin se llegue a una
catástrofe de peores consecuencias todavía?)

De milagro y a costa de sangre vertida por los MARTIRES
DE LA TRADICION nos hemos librado, en los dos intentos,
de caer en el abismo cuando ya nos asomábamos a él. Esa sí
que es una gracia especialísima de la Providencia. Pero no se
puede tentar a Dios. Y tentarlo sería, en grado sumo, frustrar
el milagro de la Cruzada yendo a buscar en los torrentes de
sangre que en ella vertieron los MARTIRES DE LA TRADICION
el impulso que alce hasta el trono al sucesor de Al-
fonso XIII, destinado a iniciar la tercera etapa que inevita-
blemente habría de llevarnos a una nueva catástrofe, que po-
dría ser definitiva y desde luego habría de ser mucho más
horrenda que las anteriores.

Cuando el Príncipe Cayetano era Gaetán de Lavardín



La vispera del Año Viejo de 1936, en plena guerra, bajo la marquesina de la Estación de San Juan de la Luz, nacía un requeté para morir pocos meses más tarde.

Era de noche y esperábamos el expreso de París, acompañando a don Javier de Borbón-Parma. No había apenas gente. Y cuando paró el tren, lleno de ruidos y de luces como un meteoro en agonía, descendió de uno de los coches un joven alto y rubio, ágil y esbelto, y con los ojos vivos y de dulce mirar, que al encontrarse a don Javier se echó en sus brazos como un niño.

Don Javier, en seguida, me lo presentó sonriendo:

—El requeté Gaetán de Lavardín.

Pocos días después, el 11 de enero, don Javier escribía al inolvidable Luis Villanova, el comandante del Tercio de Navarra que murió en Valdecilla a consecuencia de una herida en el frente, una carta que no se ha publicado nunca y de la que entresacamos unas líneas:

—c...Me permito enviarte un requeté más, excusándome por no haberte podido consultar primero... espero que Gaetán de Lavardín cumpla con su deber como hijo de su Casa y verdadero carlista... Si por cualquier razón no crees prudente aceptarlo, te ruego avises a Zamanillo, pero yo prefiero que estuviera a tu lado a ser posible... para que llegue a ser modelo de ese espíritu religioso, patriótico y alegre de nuestra gente...»

Durante cinco meses Gaetán de Lavardín vivió en el Tercio de Navarra como un requeté más. En terco anonimato. Sin que nadie supiese que era hermano de don Javier, a excepción de las seis personas que intervinimos en su paso. A primero de mayo, a raíz del decreto de Unificación, José Luis Zamanillo quedó libre de la atadura a retaguardia a que le sometía su cargo de Jefe Nacional de Requetés, y se fué al Tercio de Navarra con su escolta, en la que se encontraban Angel Santamaría, con sus nervios de punta, y José Luis Bonet con aquellas patillas a lo Zumalacárregui que le valieron un abrazo de Millán Astray. En el Tercio ya sabía que estaba Gaetán. Desde allí se escribió recordándome nuestras fantasías de Viena, en la habitación del hotel, cuando el entierro de don Alfonso Carlos. El ya estaba en el frente, viviendo de verdad en la primera línea la Guerra de Liberación, en la que caían tantos de los mejores para que España continuara viviendo. Y me escribía para que me fuese con ellos.

No olvidaré jamás la emoción con que presenté a don Javier, en la mañana de aquel nueve de mayo, esta carta de Zamanillo.

—¿Cuándo te quieres ir? —me preguntó con los ojos nublados.

—Mejor hoy que mañana, y mejor dentro de una hora que a la tarde. Gae, además —le dije, para disimular mi turbación— se pondrá muy contento...

Creo que fué la única vez que vi llorar a don Javier, durante el año que viví a su lado. Se le saltaron las lágrimas,

al decirme:

—¿Quién pudiera ir contigo!

Pero estaba de Dios que no daba la talla para figurar en las gloriosas filas del Tercio de Navarra. Al llegar a San Sebastián al mediodía, se esperaba una dolorosa sorpresa. Fué por teléfono. Luis Zuzola, que era quien recibió a Gaetán de Lavardín en la parte de acá de la frontera, me lo dijo. Gae se moría, atravesado por dos o tres heridas graves, y tenía que buscarle panteón. Hablé con el marqués de Valdespina, que ofreció el suyo gustoso y contristado. Al día siguiente los periódicos y la radio contaban un secreto que habíamos guardado los carlistas durante cinco meses. Porque el incógnito, ante la proximidad de la muerte, explotó y se hizo trizas como esos globos de los niños cuando les rozan la lumbre de un cigarro.

Don Cayetano de Borbón-Parma y de Braganza, pasó en España todavía tres meses en los que tuve que vivir con él desde el primer momento en plena gravedad que duró varios días, por pedírmelo don Javier. Pasó cerca de un mes en la clínica del doctor Oreja en San Sebastián, y disfrutó de cuantas atenciones merecía por su rango y su gesto. Además le vieron a ver sus familiares: su madre, la duquesa de Parma, su mujer la princesa de Tous y Tassis, sus hermanos don Javier, doña Zita, don Luis y doña Isabel; sus sobrinos don Otto y el archiduque don Roberto.

En Navarra pasó el doble de tiempo, entre homenajes de admiración y de cariño. Su enorme simpatía era un acicate y un regalo. Y su figura espigada y juvenil, que recordaba al Carlos VII de la guerra, encuadraba perfectamente en los caminos carlistas de Navarra, palpitantes de tradición y de boinas rojas. Como para imantar más aún la añoranza, traía al cuello el mismo Lignum Crucis que llevó en la batalla de Lácár su padre el infante don Roberto, el hermano de doña Margarita.

Algunas noches, sin embargo, al despedirnos, después de aquellas jiras por los pueblos que en más de una ocasión nos arrancaron lágrimas, me solía decir el príncipe:

—¿Qué pena que haya muerto Lavardín! El pobre Lavardín era feliz cuando no sabía nadie quién era y todos le trataban de tú...

Pero Gaetán de Lavardín moría poco tiempo más tarde. Un diez de agosto, con exactitud. Fecha plétórica de nostalgias patrióticas que nos traían el buen recuerdo del General Sanjurjo, otro carlista e hijo de veterano, que aprendió en el fracaso de un diez de agosto lo que iba a hacer triunfar un 17 de julio.

Gaetán de Lavardín murió el 10 de agosto de 1937. Y también en una estación francesa. En la misma estación por cierto: la de San Juan de la Luz. Yo fuí también, el único testigo de su muerte, como lo había sido, medio año antes, de su nacimiento.

—¿Hasta cuándo? —le pregunté en el abrazo de despedida.

—¿Hasta pronto! —me contestó con jovial optimismo falso.

Desde entonces no lo he vuelto a ver hasta hoy. Y hoy leo en el periódico la noticia de que ha muerto don Cayetano. En Cannes. Al ir a visitar a su hermano don Luis...

Cuando Gaetán de Lavardín cayó herido y las bocas de sus heridas proclamaron quién era, deshaciendo un secreto carlista, ya hemos dicho que don Luis vino a verle. Don Luis, a la sazón, no se había casado con la hija de los reyes de Italia, la princesa María. Y me dijo en San Sebastián que deseaba, con el mayor sigilo ocupar el puesto de su hermano. Quería repetir la aventura de Lavardín. Y sin que nadie lo supiese. Buscando incluso otra unidad. Mas, don Javier, no le concedió su permiso, aduciendo razones de salud. ¿Cómo no recordarlo ahora, ante la muerte de don Cayetano ocurrida precisamente al lado de don Luis, al ir a visitarle?

Hace ya más de veinte años que murió Gaetán de Lavardín. Ahora ha muerto Gaetán de Borbón-Parma. Pero ni uno ni otro morirán nunca en la memoria de los que honramos a los héroes.

IGNACIO ROMERO RAIZABAL

(Reproducido de «El Correo Catalán», de 1-3-1958.)

Donativo: 2 Ptas.